

Tengo hambre y no me banco el azar

Por Florencia Werchowsky

florenciaw@gmail.com

¿Por qué durante el confinamiento continuamos levantándonos todos los días de la cama y comportándonos más o menos de la misma manera? ¿Por qué no nos entregamos a la animalidad ni dejamos de bañarnos ni de limpiar la casa? ¿Cómo es que no estamos roñosos, en patas, en cuclillas, comiendo fideos crudos con la mano? Dice Roger Caillois en [Les jeux et les hommes](#) (1958) que durante el juego las leyes intrincadas de la vida real son reemplazadas por unas más claras, precisas, que debemos acatar en el tiempo y espacio que dura ese juego. También dice que las leyes crean ficciones¹. Durante el confinamiento por la pandemia desplegamos una serie de reglas que, como en el juego, reemplazan completamente a las de la vida real. Somos eso a lo que jugamos en el encierro, como una mímica reducida de nosotros mismos. A esta especie de Constitución se la llama “nueva normalidad”. El objetivo del juego es mantenernos civilizados como un modo de supervivencia, no caer en la animalidad. La civilidad es una herramienta para sobrevivir.

Tomemos el ejemplo de Robinson Crusoe, de Daniel Defoe, una novela que lleva solamente 300 años de ser publicada. Como todos sabemos, Robinson se pasa casi la primera mitad de la novela surcando mares, traficando esclavos, siendo esclavo él mismo y haciéndose rico con sus plantaciones en Brasil. Hasta que un buen día el barco en el que viaja naufraga y él, único sobreviviente, llega nadando a una isla deshabitada. Una vez allí y sin darse mucho tiempo para hacer planes, procura reproducir todos los sistemas que conoce: rescata instrumentos y provisiones del barco hundido, procura un hábitat cómodo y seguro, siembra granos, cría cabras, etcétera.

En su ensayo Robinson Crusoe (1926), Virginia Woolf dice que la novela, publicada en 1719, viene a satisfacer la demanda de un tipo de relato afín a la floreciente clase media británica, que gusta de verse reflejada en sus lecturas². El relato es, por lo tanto, terrenal.

¹ La traducción es mía, sabrán disculpar: “Muchos juegos no implican reglas. No hay reglas para jugar a las muñecas, a los soldados, a policías y ladrones, a los caballos, a la locomotora de tren, al avioncito --juegos que, en general, presuponen una improvisación y cuyo atractivo consiste en representar un papel, de comportarse como si uno fuera alguien o algo más, una máquina, por ejemplo--. Pese al carácter paradójico de la afirmación, debo decir aquí que la ficción, el sentimiento del como si, sustituye a las reglas y cumple exactamente su misma función. Las reglas crean ficciones.”

² Dice Virginia Woolf: “Una clase media había nacido, capaz de leer y ansiosa por leer no sólo los amores de príncipes y princesas, sino también sobre ellos mismos y los detalles de sus monótonas vidas. Expresándose a través de mil plumas, la prosa se había amoldado a tal demanda; se había

Despliega en sus lógicas el pragmatismo de esa clase media, es más materialista que espiritual, más empirista que poético. Lo primero que hace Robinson al naufragar es procurarse un nuevo sistema de leyes que reemplace completamente al de la vida anterior pero que se le parezca lo máximo posible, como un juego de mímicas, como jugar a la casita. Recrea lo que ya conoce y emplea para esto un pensamiento y una acción cabales. Podría quedar estupefacto ante el milagro de su supervivencia, podría conmoverse con los atardeceres que tiene para él solo en su isla paradisíaca, podría volar en poesía; pero no, está demasiado ocupado en la materialidad de las cosas. Empieza a escribir un diario una vez que tiene muebles y recién cuando logra superar su estado emocional, al que considera torpe y melancólico³. Luego sí desarrolla, de alguna manera, una dimensión espiritual⁴. Pero es por casualidad: hay una biblia entre los tesoros que rescata del barco y empieza a leerla como quien agarra la revista del mes pasado en la mesa ratona de la sala de espera (al principio con aburrimiento, hasta que te enganchás con una nota). Más adelante tendrá un acercamiento más profundo a la biblia, pero sigue siendo, me parece, una lectura más atlética que espiritual: la lee con el rigor del entrenamiento, durante un horario determinado, entre una actividad agrícola y otra⁵.

Amigos por conveniencia

adaptado para enunciar los hechos de la vida más que la poesía. Esa es seguramente una forma de abordar Robinson Crusoe...”.

³ “Fue entonces cuando empecé a llevar un diario de mis tareas cotidianas. En un principio había estado demasiado ocupado, no solamente con mi trabajo sino con los confusos pensamientos que pasaban por mi mente, y mi diario hubiera aparecido lleno de cosas torpes y melancólicas. Pero habiendo superado en alguna medida ese estado de ánimo y sintiéndome seguro en mi casa, dueño de una mesa y silla y con todo lo que me rodeaba aceptablemente bueno, empecé a llevar mi diario, del cual he de dar aquí una copia —aunque a veces resulte repetición de lo ya dicho— hasta el punto en que, por falta de tinta, hube de interrumpirlo.”

⁴ Dice V.W: “No hay puestas de sol ni amaneceres; no hay soledad ni alma. Hay, por el contrario, mirándonos directamente a la cara ni más ni menos que un gran recipiente de barro. Se nos cuenta, en otras palabras, que era el 1 de septiembre de 1651; que el nombre del héroe es Robinson Crusoe; y que su padre sufre de gota. Obviamente, entonces, tenemos que cambiar de actitud. La realidad, el hecho, la sustancia va a dominar todo lo que sigue. Debemos alterar del todo apresuradamente nuestras proporciones; la naturaleza debe remangarse sus espléndidas púrpuras; es la única que da la sequía y el agua; se debe reducir al hombre a un animal que lucha para sobrevivir; y Dios debe encogerse hasta convertirse en un magistrado cuyo asiento, sólido y algo duro, apenas quede por encima del horizonte.”

⁵ Dice Robinson: “...dividí regularmente mi tiempo de acuerdo con las tareas que debía efectuar cotidianamente. Estas eran, ante todo, mis deberes para con Dios y la lectura de la Biblia, a la que dedicaba un rato tres veces al día; luego salía de caza, lo que me llevaba unas tres horas por la mañana salvo que lloviera; tercero, me ocupaba en preparar y cocer la carne así obtenida”.

El encuentro con Dios tiene para Robinson el objetivo de encontrar una explicación a lo que le ha ocurrido. Nuestra tendencia a no bancarnos el azar hace que busquemos patrones en los fenómenos, en general conectándolos con hechos que ocurren fuera del fenómeno en sí, a veces de maneras muy irracionales. Pero a lo inexplicable del azar se suma el vacío de la incertidumbre, entonces buscamos las respuestas de lo que pasó y señales de lo que pasará. Encontramos conexiones numéricas, astrológicas (los días de luna llena hay más accidentes de tránsito) o absurdas (la culpa de la transmisión global del Covid-19 es de las antenas 5G). Esta conducta, llamada apofenia, incluye también la tendencia a vincular a Dios en todos los hechos. Dios es EL patrón.

Los rugbiers sobrevivientes de la tragedia de Los Andes recurrieron a una interpretación de los designios de Dios para resolver si debían comerse la carne de sus compañeros muertos para sobrevivir o era mejor, espiritualmente hablando, morir de inanición en la cordillera. Se plantearon dos escenarios morales: 1) Dios nos pone a prueba dejándonos disponibles los cadáveres de nuestros compañeros para que demos nuestro temple y ayunemos como una forma de acercarnos a ÉL. 2) Dios nos pone a prueba dejándonos disponibles los cadáveres de nuestros compañeros para que demos nuestro temple comiéndolos, a pesar de la repulsión, para sobrevivir.



Caso severo de apofenia en una marcha anticuarentena en Buenos Aires.

En los dos escenarios, la decisión de recurrir o no al canibalismo tuvo que ver con la interpretación de un designio de Dios. “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”.

En la película *El ángel exterminador*, de Luis Buñuel, de 1962, no llegan a comerse a sus muertos, que los tienen, porque antes consiguen cazar y asar unas ovejas que andaban sueltas por la casa. (Breve sinopsis argumental por las dudas: tras una función en la ópera, un grupo de la alta sociedad mexicana se junta en una casa para continuar con la velada. Luego de la cena, los invitados se reúnen alrededor del piano y las horas transcurren sin que nadie se quiera ir a su casa. Por alguna razón, no pueden moverse de allí.) Sin embargo, otro desafío a Dios se plantea cuando la pareja de futuros esposos decide suicidarse por no tener más resistencia a ese encierro surreal. Ni Robinson en sus 28 años de aislamiento ni los rugbiers uruguayos congelados y desnutridos en Los Andes se animaron a tanto. La desobediencia es el motor de estas historias, su turning point. El instante en que el mayordomo de la casa de *El ángel exterminador* desobedece una orden

--no por rebeldía, es un sirviente sumiso, sino por la imposibilidad de dejar ese living en el que se encuentran todos inexplicablemente atrapados-- es cuando los asistentes a la cena se dan cuenta de que algo anda mal. Hasta ese momento, la inercia de los invitados era razonada desde la voluntad --o su ausencia--, las jerarquías del mundo parecían mantenerse en orden, lo que les estaba ocurriendo, suponían, era una especie de fiaca contagiosa, pero hasta entonces nada por fuera de los individuos y sus decisiones. Todo cambia cuando el mayordomo no va a buscar las cucharitas a la cocina: “Esa extraña resistencia del mayordomo para cumplir las órdenes que le han dado --dice uno de los caballeros-- confirma mis observaciones: desde anoche ni uno solo de nosotros, aunque lo haya intentado, ha podido salir de esta habitación”.



“Pongámonos a su nivel para atenuar un poco su incorrección”, dicen los dueños de casa ante la conducta animal de sus amigos. El ángel exterminador, Luis Buñuel, 1962.

Robinson es atormentado por el remordimiento mientras está cautivo en la isla: desobedeció al padre cuando prefirió la vida de altamar a las certezas de una existencia urbana y burguesa (se puede ver al padre visitándolo y reprochándole la desobediencia durante un delirio febril, [en la versión que dirigió Luis Buñuel, en inglés, en 1954](#)). Acá Virginia Woolf dirá que el joven Robinson desobedece, además del padre, al mandato de clase. Su padre le ha dicho: la clase alta está moralmente en decadencia, la clase

trabajadora es miserable; la clase media ofrece orden, laboriosidad, contención⁶. Cuando llega a la isla Robinson busca recuperar esa forma de vida de su clase y al mismo tiempo hacer las paces virtuales con su papá.

La impactante historia de los sobrevivientes del accidente de Los Andes no empieza cuando el avión se estrella sino unas horas antes, cuando los pilotos desobedecen una ley aeronáutica y eligen cruzar la cordillera en un horario en el que, se sabe, los vientos de diferentes direcciones suelen encontrarse y crear malas condiciones climáticas en la zona. Solo para condimentar, van estos tres ejemplos de divinas desobediencias a papá que posibilitan relatos de aislamiento:

1. Grace (Nicole Kidman) en *Dogville* (Lars Von Trier, 2003).
2. Judith en *El castillo de Barbazul* (ópera de Béla Bartók, 1911).
3. Mukunda Angulo en el documental *The Wolfpack* (de Crystal Moissette, 2015) es el primero de los hermanos que se atreve a salir de la casa. Esa salida habilita a los otros hermanos y eventualmente terminan conociendo a la directora en las calles de Nueva York, que luego filma el documental, que posibilita la salida no solo física sino mental de los hermanos confinados en el departamento.

⁶ “Se nos asegura que no hay mejor fortuna que la de nacer en el seno de la clase media británica. Hay que compadecerse de los grandes y también de los pobres; ambos están expuestos a destemplanzas y desasosiegos; la estación media entre los humildes y los grandes es la mejor; y sus virtudes —comedimiento, moderación, sosiego y salud— son las más deseables. Era algo lamentable, pues, cuando por culpa de algún mal hado un joven de la clase media caía en el engaño del necio amor por la aventura.” (V.W.)



Indeed. Dogville, 2003.

Difunde la palabra

Pero si la desobediencia motoriza las historias, es su relato, es decir, su materialización testimonial, lo que justifica para sus protagonistas las penurias atravesadas. Cualquier catástrofe merece ser vivida si luego podemos narrarla. El título original de Robinson Crusoe es "La vida e increíbles aventuras de Robinson Crusoe, de York, marinero, quien vivió veintiocho años completamente solo en una isla deshabitada en las costas de América, cerca de la desembocadura del gran río Orinoco; habiendo sido arrastrado a la orilla tras un naufragio, en el cual todos los hombres murieron menos él. Con una explicación de cómo al final fue insólitamente liberado por piratas. Escrito por él mismo". A Virginia Woolf le gusta esto. Dice ella que en esas épocas, es decir 200 años antes de que escribiese este ensayo, que nosotros leemos 100 años después, el valor del testimonio real por sobre la ficción es total. Le importa a Defoe aclarar en el prólogo que su novela está inspirada en hechos reales, que son, a la lógica de la época, merecedores de ser plasmados en un relato, no como la ficción, que se le ocurre a cualquiera y que es, de alguna manera, una mentira indigna. Robinson, además, escribe su diario para que alguien luego lo lea, ¿de qué servirá si no todo este asunto del naufragio y la supervivencia en condiciones extremas?

Para los rugbiers atrapados en la cordillera, el relato comenzó a construirse con las cartas que los chicos escribían a sus novias y familiares y que, a medida que iban muriendo, les dejaban a los que continuaban con vida para que las entregaran sus destinatarios. Cuando finalmente salieron de allí, los 16 que lo lograron de una tripulación original de 45 personas, escribieron libros, prestaron su testimonio para películas, para documentales, dieron infinitas entrevistas, se convirtieron en oradores, en coachs de autosuperación y autoayuda, en transmisores no solo de su propia historia sino de un modelo de supervivencia. Así como Robinson se volvió género con las robinsonadas, el arquetipo del sobreviviente al máximo aislamiento en las peores condiciones posibles está encarnado en los uruguayos de Viven. El párrafo en el que Caillois dice que las leyes crean ficciones nos introduce a la categoría Mímica en su taxonomía de los juegos y acaso sea esa la más parecida forma de ejercer el confinamiento y sus reglas en nuestro encierro actual: jugamos a una versión degradada o doméstica o zen o caníbal (cada uno acá pone el adjetivo que quiera) de nosotros, y mientras tanto vamos juntando material con cucharita para relatar después, cuando salgamos, ojalá, como se pueda, nuestras desventuras.